

Vida, muerte y resurrección de Los Brasiles

** La tragedia de un pueblo del departamento del Cesar que sufrió los rigores del conflicto entre paramilitares y guerrilla. Un recorrido dramático por este corregimiento ubicado en las estribaciones de la Sierra Nevada.*

✓ Por
LEONARDO HERRERA DELGHAMS*

En la finca La Recocho, en las estribaciones de la Serranía del Perijá, sobreviven quizás los 12 últimos Brasiles, árboles que alcanzan entre los 30 y 40 metros de altura y casi dos metros de diámetro, y que pueden vivir por 500 años o más.

Sus grandes ramas se extienden y conforman una especie de sombrilla inesperada sobre el pabellón circundante de otros árboles, en donde el sol pierde su fuerza. En estas tres hectáreas de bosque

se puede apreciar cómo brota la vida. Todo está en constante movimiento, hormigas trabajando en las raíces, pájaros multicolores que revolotean entre las ramas, y gavilanes de miradas incendiarias, los que apenas notan la presencia de extraños rabiosamente abren sus alas y emprenden el vuelo hacia las montañas.

Las suaves brisas que bajan de la serranía y que recorren el valle del río Cesar son las únicas que mueven a estos gigantes que desde siempre han estado en esta región, localizada a 20 kilómetros del municipio de San Diego, norte del departamento del Cesar, y que tomó el nombre de estos inmensos árboles para

conformar hoy lo que se conoce con el nombre del corregimiento de Los Brasiles.

Se trata de un pueblo fundado a mediados de 1910 por Miguel Iseda, Antonio Mejía Alvarado y Cayetano Guerra, quienes levantaron sus viviendas para estar más cerca de sus plantaciones agrícolas y ganaderas. Está al lado de la carretera que comunica al municipio de Codazzi, en una región rica en algodón, palma, maíz, sorgo y ganado.

En un tiempo, recuerda Armando Calderón, un campesino de 60 años dueño de la finca La Recocho (cuya extensión es de 34 hectáreas), la región estuvo lle-

**Leonardo Herrera Delghams es Comunicador Social-Periodista de la Universidad Autónoma del Caribe y Magíster en Comunicación de la Universidad del Norte. Ha trabajado en Vanguardia Liberal, El Periódico y, actualmente, es corresponsal para el Caribe colombiano de El Tiempo. Asimismo, se desempeña como catedrático en la Universidad Sergio Arboleda y en Uni autónoma. Ha recibido varias distinciones y premios de periodismo regionales.*



El viejo Armando Calderón hace el recuento de lo que ocurrió en Los Brasiles, el pueblo que fue un fantasma.

na de estos gigantescos árboles que eran utilizados para extraerles tintas naturales usadas para teñir cueros y luego como leña para atizar fogones.

-Es bueno para arder, la gente lo compra para llevar para los fogones -dice Armando, quien cuida estos últimos 12 brasiles y habla de ellos como si fueran su gran tesoro, pues de esta especie solo queda el recuerdo vivo de los viejos y el nombre del pueblo, ya que la tala indiscriminada terminó con casi la mayoría de esta especie natural.

El caserío de casas de bahareque y techos de palma, se fue llenando de gente de todas partes de

la región Caribe que miraban en esta zona una rica despensa agrícola, especialmente a mediados de los 60 cuando empezó la bonanza algodонера. Labriegos del Atlántico, Magdalena, Bolívar, La Guajira y del mismo Cesar se asentaron en Los Brasiles y su zona rural, dando inicio a una próspera región en el norte del departamento.

Las casas de material y techos de zinc llegaron al pueblo, se alcanzaron a levantar 172; así mismo, entraron los servicios de agua y energía eléctrica, con ellos un colegio en donde los niños alcanzaban a cursar hasta segundo de bachillerato y un puesto de sa-

lud con enfermera permanente. La fiesta de San Martín de Loba, el 11 de noviembre, era todo un acontecimiento en la región, pues esta celebración en Los Brasiles duraba todo un fin de semana y como es un paso obligado para los que transitan entre norte y sur del departamento, permanentemente había forasteros parrandeando o visitando el apacible pueblo.

-En el año 98 la Asamblea del Cesar homenajeó a mi papá, El negro Calderón, porque fue un gran folclorista y verseador -dice el viejo Armando antes de asegurar que fue fiesta como las que pocos han visto en su vida y que aún se recuerda. Eran los buenos

tiempos de Los Brasiles, días de alegría que vivieron sus paisanos y la importancia que en ese entonces tenía el pueblo para la clase dirigente del departamento.

La paz y la prosperidad se paseaban por este valle, lo que permitió la llegada de los grandes hacendados y ganaderos del Cesar que aprovecharon la ubicación estratégica del corregimiento para impulsar sus agroindustrias entre los 70 y los 80s.

Pero el manto de la tragedia y el dolor un día arrojó a Los Brasiles y entre finales de los 90s y principio del 2.000 en esta abundante región solo quedaron tres perros flacos y tristes que después fueron atropellados por los carros.

LOS PRIMEROS SEÑORES

La vida a los habitantes de Los Brasiles se les comenzó a torcer a principios de los años 80 cuando por las montañas co-

menzaron a rondar cuadrillas del Ejército de Liberación Nacional (ELN). En corto tiempo bajaron a los pueblos ubicados en las estribaciones de la serranía a impartir sus doctrinas. La ausencia del Estado, sumado al empobrecimiento de muchos agricultores por la caída de los cultivos de algodón y la llegada de la bonanza marimbera a la Serranía del Perijá, fue una vez más el caldo de cultivo para que el grupo insurgente se tomara la región.

Al poco tiempo, el general rumor que corría por estos pueblos olvidados se hizo realidad: Llegó el Frente 41 de las FARC, quienes en una estrategia militar acordada con los 'elenos' les permitieron el acceso al territorio, mientras estos migraron hacia la Sierra Nevada de Santa Marta en busca de control de nuevas poblaciones.

El primer golpe de las Farc, recuerda el viejo Armando, fue una invasión en el sector de la vereda

El Toco, área rural de Los Brasiles, donde estaban las grandes haciendas ganaderas y agrícolas. -Se tomaron una finca de unas 2.700 hectáreas ganadera y se radicaron allá, apoyados por campesinos de esa región -contó.

Los guerrilleros de las Farc sembraron el terror en la región de Los Brasiles, en donde no se movía una hoja sin el permiso del comandante de turno. Allí establecieron su gobierno y citaban a los campesinos y ganaderos a que les dieran cuentas de sus actuaciones y además pagaran el impuesto de guerra. Todo esto, apoyado por algunos líderes campesinos de la zona que encontraron en los rebeldes un fuerte apoyo para hacerse fuertes y mantener el dominio.

-Uno no podía ni discutir con la mujer porque enseguida lo amenazaban con la guerrilla y de allá le traían un papel que si uno volvía a fregar ya sabía lo que le iba a pasar -sostiene Armando, quien hoy no oculta el temor al hablar de los guerrilleros que conoció.

Ever Trelvel, un campesino de brazos fuertes y rostro endurecido que apenas deja entrever la gorra gastada por el sol que usa, asegura que las Farc lo dejaron quebrado. Recuerda que el 4 de abril de 2003, a las tres de la tarde, ocho hombres fuertemente armados se llevaron 90 cabezas de ganado de su finca.

-Este ganado se va conmigo, usted se queda quieto y cuidado le va avisar a la ley -le advirtió un guerrillero, mientras el resto tumbaba y quemaba el rancho.

-Quedé limpio, se llevaron todo el patrimonio familiar -cuenta



Se trata de un pueblo fundado a mediados de 1910 por Miguel Iseda, Antonio Mejía Alvarado y Cayetano Guerra, quienes levantaron sus viviendas para estar más cerca de sus plantaciones agrícolas y ganaderas. Está al lado de la carretera que comunica al municipio de Codazzi, en una región rica en algodón, palma, maíz, sorgo y ganado





Todavía se observan los estragos que dejaron las incursiones guerrilleras y paramilitares en Los Brasiles.

Ever, quien aún no se repone de esas pérdidas.

En el pueblo recuerdan que de la finca del ganadero Ovidio Valle se llevaron 600 reses, de la de Luis Amaya otras 200, Blanca Ovalle 200 más, en algunos casos la guerrilla sacrificaba el ganado en los mismos potreros como advertencia a los dueños de que debían pagar la vacuna. Armando Calderón también fue víctima de estas incursiones guerrilleras.

-Se me llevaron 40 reses y después que puse el denuncia estaba apurado porque me mandaron a amenazar. Yo no lo quité porque dije que se lo había robado gente desconocida -afirma.

Pero las extorsiones no pararon allí, meses después regresaron y le quitaron otras 18 vacas paridas. -Me mandaron a decir que si lo

iba a reclamar ya sabía lo que me podían hacer.

Algunos de los habitantes de Los Brasiles reconocen que entre sus vecinos ya había muchos que estaban del lado de los guerrilleros y no lo ocultaban. Se encargaban de cobrar las extorsiones y llevar los recados a las personas del pueblo. Esta situación fue estigmatizando a la región como guarida de guerrilleros, lo que tendría un alto costo para la vida de muchas familias inocentes.

La presencia de los insurgentes fue espantando a los visitantes, ganaderos y comerciantes que acostumbraban visitar la región, por temor a caer en uno de los retenes de la guerrilla que a cualquier hora del día salía a la vía a imponer su Ley. El pueblo entró en decadencia y sin que nadie se diera cuenta fue estigmatizado como una zona roja o guerrillera.

Los continuos abusos de los guerrilleros comenzaron a generar el desplazamiento de hacendados y algunos campesinos de la zona que por temor dejaron sus fincas en manos de los capataces, los campos comenzaron a empobrecerse por falta de cuidados técnicos, ya que nadie quería ir a la zona rural para no ser víctima de una 'pesca milagrosa', como llamaba la guerrilla a los secuestros que cometía en las vías.

El temor recorrió también las dos calles polvorientas del pueblo y algunos, antes de que cayera el sol, se iban a dormir a San Diego y regresaban por la mañana, para atender los animales, negocios como tiendas, venta de queso y leche; o trabajar como jornaleros en las fincas cercanas. -Dejé de dormir allá, antes de que cerrara la tarde me venía. Les tenía miedo, pánico, yo con las armas soy cobarde -meditó

amargamente Armando, testigo de cómo la vida del pueblo comenzó a cambiar sin el permiso de los viejos habitantes que añoraban los tiempos de paz y tranquilidad, en los que hombres y mujeres se sentaban en sus taburetes de cuero de res y madera, después de terminar sus jornadas de trabajo a mirar el ocaso.

Sin embargo, lo peor estaba por pasar: a las extorsiones de la guerrilla le siguió la llegada de los grupos de autodefensas, en algunos casos apoyados por ganaderos de la región como un mecanismo para enfrentar a la insurgencia a fin de recuperar sus tierras y negocios. La poca paz y la tranquilidad que aún se respiraba fueron interrumpidas violentamente por el tableteo de los fusiles que dejaron una estela de sangre y dolor, viudas, huérfanos y un pueblo sumido en el terror del que aún, muchos años después, no se repone.

MUERTES SELECTIVAS

Los grupos de paramilitares llegaron a recuperar tierras de manera violenta y amenazante, ocupadas o invadidas por supuestos guerrilleros. Un estudio pagado por la Gobernación del Cesar para conocer el proceso de desplazamiento y retorno en Los Brasiles y la vereda El Toco, señala que a principios de los años 90, mediante amenazas y la quema de sus casas, un testafiero de los paramilitares obligó a los parceleros a firmar letras de cambio y pagarés a su favor, logrando con estos documentos el embargo y remate de los bienes. Posteriormente, el Incoder adjudicó estas parcelas a nuevos

beneficiarios y aumentó más la vulnerabilidad de estas familias.

“Según el diagnóstico elaborado por el Ministerio de Agricultura, en los procedimientos de caducidad administrativa se observa que cuando la entidad verificó los hechos no tuvo en cuenta aspectos como la situación pública y notoria de violencia en la zona, así como la presencia de grupos paramilitares armados al margen de la ley que para la época ejercían control en la región. Predios de la vereda que en un principio habían sido adquiridos por el Incora en los años 80 y entregados a 43 familias”, subraya el documento.

Uno de los primeros muertos que dejó esta guerra fue alias ‘Luís Hernández’, abatido a mediados de los 90 y sindicado de guerrillero. De él se aseguró que había sembrado el pánico en la zona rural. ‘Hernández’ cayó en la finca Las Marías. La noticia corrió más rápido que los niños, pues aquí las personas estaban acostumbradas a enterrar a los suyos cuando la vejez se hacía presente. Algunos celebraron, porque esperaban que las cosas mejoraran en adelante.

Fue todo lo contrario. De inmediato se inició una serie de muertes selectivas, perpetradas por hombres armados que irrumpían en las fincas y sacaban a la gente de las casas para masacrarlas. En algunos casos se las llevaban y luego aparecían los cuerpos sin vida con signos de tortura tirados en arroyos o al lado de caminos destapados. Fue así como asesinaron a Alba, una joven de Barranquilla que manejaba una tienda en el pueblo.

–Decían que era quien cobraba las vacunas de la guerrilla –recuerda Armando.

Hombres armados le pegaron dos tiros en su negocio, ubicado frente a la carretera: era la firma que había puesto el Bloque Norte de las Autodefensas que bajo el mando de Rodrigo Tovar Pupo, alias Jorge 40, anunciaba su llegada a esta zona del departamento para recuperar el territorio ocupado por la guerrilla.

Caridad Meza, una mujer de 48 años de edad a quien la vida parece que la hubiera golpeado y agotado desde hace mucho tiempo, recuerda que llegó a Los Brasiles hace 27 años desde Mompox (Bolívar) con su esposo. Aquí le tocó presenciar y vivir toda la violencia al lado de sus siete hijos.

–Era muy elegante, hasta que se metieron los paramilitares y acabaron con el pueblo, –comenta antes de referirse al 19 de mayo de 1.999, día de la primera masacre en el pueblo y fecha que jamás olvidará, en lo que resta de su vida.

Ese día los paramilitares llegaron a Los Brasiles y mataron a ocho personas. El comando se metió a las dos de la madrugada con lista en mano a las casas de los sindicatos de auxiliar a la guerrilla, y los sacaron a la calle.

–Allí mismo, los mataron. Les pegaron un tiro en la cabeza y los dejaron tirados en la puerta de su casa. Esa madrugada corrió por el suelo del pueblo la sangre de Hernán Pinedo, Víctor Plata y su hijo Daniel Plata, y de Edgar Mejía.

–Se llevaron a José Yance, Lenis Alvares y su esposo, y al señor

Gaviria y los cuerpos sin vida aparecieron en la vía a Codazzi, torturados, –cuenta Caridad, en medio de la tristeza que le impide levantar la cabeza cuando recuerda los hechos.

Al día siguiente, la gente esperaba el apoyo de las autoridades, pero no apareció nadie. En sus versiones, los habitantes de Los Brasiles coinciden en que ni Alcalde, ni Policía ni Ejército se aparecieron para averiguar qué había ocurrido allá, pese a que la noticia fue registrada por todos los medios regionales y nacionales.

–El tercer día después del velorio, a algunos los enterraron en San Diego y a otros en Los Brasiles, por lo menos 200 personas salieron del pueblo. Yo salí como

a los 8 días, fui la última, ya me daba temor, mis pelaitos eran ya casi unos hombres –dice Caridad, quien como no tenía para donde irse se quedó sola con sus siete hijos.

Cuenta que junto a otras cinco familias trataron de mantenerse en el lugar, pero los nervios los estaban acabando.

–A las 6 de la tarde nos recogíamos, cuando sentíamos un carros nos entraban los nervios y solo nos quedaba rezar –agrega.

Para Armando Calderón, en ese momento no se conocía quiénes eran los autores de la masacre, pues al pueblo nunca llegó una amenaza o advertencia en contra de los supuestos colaboradores de la guerrilla. Hasta que ellos

mismos (las autodefensas) lo reconocieron por la radio advirtiendo a los colaboradores de la guerrilla que seguían en la lista.

Desde ese día comenzaron a aparecer muertos todos los días en los alrededores de Los Brasiles.

–Mataban permanentemente en la zona rural. Algunas veces me paraban a preguntarme por personas de bien, ellos tenían malas informaciones, yo les aclaraba quienes eran, creo que le salvé el pellejo a más de uno –afirma Armando, quien sostiene que les cogió miedo el día que se enteró del asesinato de un muchacho bueno que conocía, quien había llegado al pueblo a comprar manteca, azúcar y café.

–A este muchacho sano lo mataron por no dejar, ellos dijeron que lo había matado el ejército en un combate y que se trataba de un jefe de las AUC –prosigue.

Recuerda que, días después, un comandante apodado Alma Grande, por ser un hombre de gran estatura, lo paró en la calle para preguntarle por qué le temía a los paramilitares.

–Le dije que a mí también me pueden mal informar y asesinar-me. Me dijo camine tranquilo por donde quiera usted, que ya le tenemos su vida averiguada.

Desde ese día el viejo campesino decidió no regresar más al pueblo, se dedicó a trabajar en el parque recreacional de San Diego, tratando de olvidar todo lo que estaba pasando en el pueblo.

En esa época nadie preguntaba nada, ni mucho menos comentaba lo que estaba pasando a sus vecinos, la desconfianza comenzó a reinar entre los mismos

“

Sin embargo, lo peor estaba por pasar: a las extorsiones de la guerrilla le siguió la llegada de los grupos de autodefensas, en algunos casos apoyados por ganaderos de la región como un mecanismo para enfrentar a la insurgencia a fin de recuperar sus tierras y negocios. La poca paz y la tranquilidad que aún se respiraba fueron interrumpidas violentamente por el tableteo de los fusiles que dejaron una estela de sangre y dolor, viudas, huérfanos y un pueblo sumido en el terror del que aún, muchos años después, no se repone

”



El pasado quedó como una larga cicatriz en el corazón del pueblo. Los grandes árboles que dieron el nombre al pueblo siguen firmes en su crecimiento.

habitantes de Los Brasiles que ya se desconocían entre ellos mismos. El pueblo había desaparecido.

LA OTRA MASACRE

Se estima que entre finales de los 90 y principio del 2003, en Los Brasiles se registraron 35 muertes violentas en manos de los paramilitares. Algunos de los muertos tenían relación con las FARC, pero otro tanto cayó en esta persecución sin saber por qué o por simple sospecha de sus verdugos. En el 2000 una nueva incursión dejó como resultado a otros siete campesinos muertos.

–Asesinaron a la señora Minga, a su hijo, y un vecino y siguieron para la vía de El Toco, donde asesinaron a otros cuatro –cuen-

ta Caridad, quien después de ese día, al igual que Armando y las otras familias, decidieron salir.

Caridad y sus siete hijos se fueron a casa de un amigo, en San Diego. Con el tiempo, logró alquilar una casa en donde pasó todo tipo de necesidades. Estaba sola, pues se había separado del padre de sus muchachos antes que comenzara la tragedia del pueblo.

En Los Brasiles, las casas comenzaron a desmoronarse por la soledad. Algunas fueron desvalijadas por ladrones que se llevaron los techos de zinc, las puertas y ventanas de madera. El pueblo en ruinas adquirió un aspecto fantasmal.

Los asesinatos selectivos no cesaron. Siguieron las muertes

de campesinos que eran sacados de las fincas. En la hacienda Los Cotopri, donde se rumoreó que masacraron a 4 personas.

La situación de Caridad era tan complicada que debió regresar para abrir su tienda, pues sus hijos ya no tenían qué comer. “Aquí me gano la vida, y como no le debía nada a nadie decidí venir”. Cuando regresó a su rancho, no había nada. Los ladrones se le habían llevado los cerdos, las gallinas, algunos enseres y hasta la batea donde lavaba la ropa.

“Desde que regresé no me he ido más, por eso me tocó ver cuando pasan los muertos”, dice con los ojos llenos de lágrimas al recordar a sus vecinos y amigos que

cayeron durante la época de la violencia.

Todo quedó solo, nadie se asomaba por las fincas. El abandono fue total, los grandes hacendados solo llegaban a mirar el estado de lo que les quedaba cuando eran acompañados por el Ejército. Ni siquiera el carro que sacaba la leche volvió a entrar. Los Brasiles habían desaparecido, sin que ninguna autoridad hiciera algo.

Los domingos, el viejo Armando Calderón regresaba a echarle un ojo a la finca y sus legendarios árboles, cruzaba palabras con Caridad, y antes de que cayera el sol se regresaba a San Diego.

LA ÚLTIMA ESPERANZA

Desde el 2004 se inició el retorno paulatino de algunas familias, a pesar de no estar seguros de las condiciones de seguridad. El rumor de que las cosas estaban cambiando llevó a algunos desplazados con el propósito de recuperar sus tierras, viviendas y hasta la dignidad, tras permanecer años refugiados en lugares desconocidos en los que siempre fueron desplazados, extraños que nunca pudieron sentirse como en casa.

“Tomaron la decisión de volver, arriesgando su vida, porque gran parte de estas familias manifestaron no tener conocimiento sobre las condiciones de seguridad de la zona para volver; sólo rumores de que ya se podía volver los llevó a tomar este riesgo pese a lo que podían encontrarse en el camino”, señala la investigación de la Gobernación del Cesar, realizada durante el 2010 en

asocio con Convenio de Cooperación suscrito entre el Comitato Internazionale Per Lo Sviluppo Dei Popoli (CISP). Es decir, el proceso de retorno se registró de manera individual y sin acompañamiento.

El documento subraya que de las 27 familias que fueron objeto de estudio por la investigación, 6 perdieron a uno de sus miembros en este conflicto, sólo una familia ha recibido ayuda psicológica, y ninguna han recibido reparación por la afectación del conflicto armado.

La llegada a la presidencia de la República de Álvaro Uribe Vélez y su anuncio de atacar a los grupos violentos con su programa de Seguridad Democrática, generó expectativas en la región. El nuevo gobierno entró poniendo su plan en marcha en el Cesar, llevando tropas del ejército a patrullar de manera permanente en vías y veredas que estuvieron en manos de guerrilla y paramilitares. Poco a poco, las casas abandonadas se fueron llenando de vida, la instalación de bases militares en la zona fue prenda de garantía para que muchos hacendados y campesinos iniciaran lentamente su retorno.

Armando Calderón dice que a partir del 2006 el pueblo comenzó a reconstruirse paulatinamente, a las casas volvieron a colocarles techo, puertas y ventanas; el colegio abrió sus puertas; regresaron los maestros y los estudiantes; el puesto de salud volvió a funcionar, desde esa fecha hay atención médica, el pito del camión que recorre las fincas recogiendo los cántaros de leche volvió a sonar, y las fiestas patro-

nales del 11 de Noviembre comienzan a tomar renombre como hace 20 años. Hay un plan de la Gobernación del Cesar para apoyar a las personas naturales de Los Brasiles que decidan retornar. Sin embargo algunos todavía sienten temor y no quieren volver.

“La gente se tomó confianza y comenzó a regresar al campo”, dice el viejo campesino, quien también reconoce algunas ayudas enviadas por el gobierno. Él y otro grupo de pequeños agricultores recibieron ayuda por 19 millones de pesos para reactivar los cultivos de millo y maíz y mejorar el sistema de riego artificial.

“Me subsidiaron para sembrar con aspersión tres hectáreas de maíz, para comprar motobomba y adecuar el pozo”.

Ever Trevel regresó a trabajar en su finca desde el 20 de julio del 2010 y arrancó sembrando 8 hectáreas de maíz. “Me metí cuando vi que había ejército”, sostiene.

Mientras que Caridad Meza, recobró su tienda, ha recibido dos subsidios por un millón 600 mil pesos del gobierno con lo que ha podido levantar su tienda y mantener a sus hijos, quienes estudian en San Diego, pero no puede olvidar a los vecinos y amigos que murieron en el conflicto, y por eso dice que todos los días de su vida se enfrenta a los quejumbrosos fantasmas que pasan llevados por las brisas que bajan de la serranía al viejo pueblo y agitan las ramas de los Brasiles que aún se resisten a desaparecer en una región donde en una época vivir fue una tarea difícil. ■